

y para todo lo demás sólo hay olvido, un sabio «apartar la vista» que no condena, sino que se desinteresa. La narración, y no los códigos morales, es la gran maestra de la vida, y la narración sabe y acepta su magisterio. Igualmente, se contraponen la narración clásica de aventuras y la novela occidental moderna en la cuestión de la individualidad; para ésta la individualidad es definida como un conjunto de circunstancias de suyo insignificantes, pero que adquieren valor por su adscripción a ese personaje-sustancia al que son inherentes («Leopoldo Bloom comía con fruición órganos internos de bestias y aves»). En la narración, por el contrario, no hay individuos, lo que se cuenta no importa porque le suceda a un personaje que nos importe, sino porque es de interés general para el lector, porque es un ejemplo digno de ser imitado. Mientras que la novela se clausura monádicamente en sí misma a imagen del individuo cuya historia es, la narración se inscribe mágicamente en ese anillo que forman todas las narraciones y cuya sustancia es la vida de los hombres valerosos, esto es, de los hombres, y de los obstáculos que encuentran en su obrar, así como de las incidencias que determinan su triunfo o su derrota. La narración es *realista* —y no nominalista— en el sentido en que cree en la perennidad de los arquetipos y de las gestas y está cierta de que sea cual fuere el lugar y el tiempo de que se trate la vida será semejante a la vida, y eso será lo único importante.—SANTIAGO GONZALEZ NORIEGA (*Alcorisa*, 41, 11-B, MADRID-33).

DOS LIBROS DE OCTAVIO PAZ *

Acaba de cumplir sus primeros sesenta y dos años. Y sigue tan joven como ayer, como siempre. Todos le hemos podido ver y escuchar en una primavera madrileña de 1974. Parece como si en los ocultos y precisos mecanismos de la naturaleza hubiera un resorte especial que impidiera su vejez y su muerte.

La prosa de Octavio Paz ha convertido lo epidérmico, lo superficial, lo meramente oportunista, en un ejercicio mental y expresivo con plena validez. Ha sabido «estar al día» sin renegar por ello de los valores permanentes de la cultura. Porque su autor es a la vez el poeta maldito y el escritor oficial, el margen y la ley, el pecado y la ortodoxia. Es complicada y hermosa su muy peculiar síntesis, la simultaneidad satánica y beatífica de su escritura.

* *El signo y el garabato*, Joaquín Mortiz, México, 1973. 216 pp.; *Versiones y diversiones*, Joaquín Mortiz, México, 1974, 256 pp.

El signo y el garabato es un volumen de ensayos. Su contenido se estructura en forma similar al de sus demás trabajos ensayísticos. Consta de cuatro partes bien delimitadas. La primera de ellas, «La modernidad y sus desenlaces», se subdivide a su vez en tres zonas: un acercamiento al fenómeno dualista poesía/tecnología, un pequeño estudio sobre Baudelaire como crítico de arte y, por último, una aproximación más o menos frívola al tantrismo hindú.

La segunda parte se refiere a problemas teóricos y prácticos de la traducción. Dos de sus cinco subapartados habían sido ya publicados en España por Tusquets en el tomo *Traducción: literatura y literalidad* (Barcelona, 1971, 78 pp.), precisamente el texto que da título al cuaderno y la versión y estudio del soneto en *-ix* mallarmeano. Pierre Reverdy, Ezra Pound (con motivo de su muerte) y William Carlos Williams son los tres autores-temas que cierran el ciclo pentagonal de esta segunda parte. Con respecto a Pound, hay que alabar una frase valiente del ensayista mexicano: «Para admirar a Pound no es necesario lavarlo de su fascismo y su antisemitismo.» Y hay que lamentar una cláusula de otra frase, por vulgar y tópica y condescendiente: «*Por más desagradable que sea*, hay que aceptar que Eliot fue un admirador de Maurras y que Pound fue más allá y se convirtió en un partidario de Mussolini» (la cita figura en la página 94, como la anterior, y lo destacado es mío). Porque ¿hasta cuándo va a haber—si de hacer crítica literaria se trata—ideologías desagradables y agradables, reaccionarios y revolucionarios, «malos» y «buenos»? Octavio Paz ha dado el primer paso, pero es preciso exigir más: en arte no es lícito (y aquí sí debería funcionar el más estricto tribunal represivo a nivel espiritual) acudir a condenas ni a justificaciones morales. No tiene por qué ser *desagradable* el hecho de que Pound se adhirió al fascismo: es simplemente indiferente, como lo hubiera sido también su adscripción al partido comunista o a la Cruz Roja Internacional. No hay, pues, que «aceptarlo», como se acepta la voluntad inexorable de Dios en una mala cosecha o en un irremediable adulterio.

La tercera parte se compone de cuatro acercamientos al Este, con mayúscula. Oír a Paz hablar de la visualidad de la cocina japonesa o de las excelencias del haikú es siempre un acto gozoso, relajante. Don Octavio conoce perfectamente las conexiones internas del gran signo oriental. Además, las literaturas de la India, de China y del Japón no presentan secretos para él a través, sobre todo, de las versiones directas llevadas a cabo por los más conspicuos sanscritólogos, sinólogos y niponólogos del mundo occidental. Aquí vuelve

sobre el haikú con su habitual maestría, a más de bosquejar otros temas de sabor extremo-oriental.

La última parte, «Fundación y disidencia», es un conjunto de ensayos—algunos de ellos muy breves—sobre temas pictóricos y literarios. Casi todos obedecen a motivaciones puramente coyunturales: una exposición de pinturas, la aparición de un libro, etc. Clausura el volumen un estudio sobre el novelista Salvador Elizondo que lleva por título «El signo y el garabato» (el «garabato» lo suscita un poema de Ramón López Velarde) y da nombre al libro entero.

Mi amigo Angel Sierra de Cózar es uno de los críticos que, a mi parecer, han pulsado las últimas clavijas del quehacer literario de Octavio Paz. Habla el estudioso de tres palabras-eje, expresión concentrada de las fuerzas disgregadoras y constructoras del mundo y de la obra del escritor mexicano: amor, imaginación y libertad. En el diálogo interno que mantienen estos tres principios se sitúa tanto su producción en verso como su prosa. Para lograr los más sabrosos frutos de tan estupendo coloquio, don Octavio no ha vacilado en acudir a las «conversaciones» ideadas por otros poetas. Me estoy refiriendo a la infatigable actividad de Paz como traductor de poemas ajenos.

Hoy contamos con un volumen que reúne todos los textos poéticos que ha trasladado Octavio Paz al español desde los más diversos orígenes lingüísticos. Titúlase *Versiones y diversiones*, y viene a ser como una puesta en práctica de los postulados teóricos expuestos en la segunda parte de *El signo y el garabato*. A lo largo de muchos años, la «pasión» y la «casualidad» han enfrentado al escritor con diferentes textos poéticos, procedentes de las culturas más variadas. Con ellos, Paz daba cumplimiento una vez más a sus legítimas aspiraciones de diversión y esparcimiento. Que no otra cosa ha hecho —y seguirá haciendo—: «divertirse» del contexto, «distraerse» de las cosas para esparcir, a cambio, por un mundo de papel la suprema realidad, el color y el aroma del lenguaje, centro fundamental de las preocupaciones del autor.

Por el tablero de este juego, que es el juego del poeta y del mago, nunca el del erudito ni el del sabio, pasea Octavio Paz las fichas de sus más queridos monstruos familiares, los dioses de su devoción o aquellos otros nombres que el azar dispusiera para él desde siempre. Así, junto a John Donne, Gérard de Nerval, Mallarmé, Apollinaire, Breton, Pound, Eluár, E. E. Cummings, Henri Michaux o René Char, junto a una bien nutrida antología del gigantesco Fernando Pessoa, sitúa don Octavio unas versiones de poetas suecos contemporáneos que sólo a la casualidad obedecen.

En lo que a Oriente se refiere, Octavio Paz nos ofrece una nutrida selección (pp. 191-248) de poemas de la lejana China y del Japón (desde luego no traducidos de las lenguas originales). Está la tríada capitolina de la poesía Tang—Wang Wei, Li Po y Tu Fu—junto al más tardío Su Tung-p'o. Están —perfectamente trasladadas en el mismo esquema métrico del modelo— las más bellas muestras del haikú y de la tanka japoneses en acertado florilegio. Es un auténtico acto festivo leer estas preciosas composiciones orientales en la creativa y respetuosa, aunque no directa, versión del poeta mexicano.

Libro, en resumen, de riquísimo contenido, *Versiones y diversiones* es, posiblemente, una de las obras más hermosas de Paz, de ese perpetuo espigador de la belleza que es amor, que es imaginación, que es libertad, a lo largo y a lo ancho de la literatura universal.

Si *El arco y la lira* no se hubiera publicado jamás, si *Conjunciones y disyunciones* no hubiese visto nunca la luz, si *Ladera Este* no hubiese sido más que un futurible en la mente de su autor, bastaría al lector encontrarse con *El signo y el garabato* o perderse en el ameno laberinto de *Versiones y diversiones* para darse cumplida cuenta de que había topado con una voz importante. Ello nos habla por sí solo de los méritos innegables de Octavio Paz, autor *à la mode*, sí, pero también una de las plumas mejor dotadas del panorama literario en español, a este y al otro lado del océano.—LUIS ALBERTO DE CUENCA (*Don Ramón de la Cruz*, 28. MADRID-1).

ESTUDIOS SOBRE MAHLER, de Federico Sopeña Ibáñez, 112 páginas, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1976.

Gustav Mahler, el cantor de la decadencia, como lo llama Andrés Ruiz Tarazona, representa en nuestra vida contemporánea una de las expresiones más complejas y representativas de las ansiedades y pasiones que alberga el hombre de nuestro tiempo. Judío convertido al catolicismo, torturado profeta de sus propias pérdidas, forastero en busca de estabilidad y aceptación, inseguro hasta la obsesividad, demagogo hasta la ternura, desdichado y clarividente, Mahler quintaesencia los aspectos más perdurables del habitante de este siglo: la contradicción más honda en la búsqueda más obcecada de sentido y de plenitud. Cuando en la música de Gustav Mahler lo sublime cabalga en medio de un tropel de vulgaridades, cuando lo metafísico se insinúa en medio de lo profano, cuando lo popular y simple asoma